REPOLITIZAR LA NATURALEZA

Ignacio Blancas Albericio

Estudiante del Máster Universitario en Filosofía Teórica y Práctica
de la Facultad de Filosofía de la UNED

Resumen: El objetivo de este artículo es mostrar los principales argumentos que plantea la ecología política en torno a la desnaturalización del concepto de Naturaleza. A través del análisis de la falacia naturalista, se pretende demostrar que defender una Naturaleza distinta de la Cultura, es decir, objetiva y definida por un orden natural, solo ha servido como herramienta para legitimar el poder y el capitalismo. De esta falacia se sirve también la cosmovisión de la Naturaleza que ha atravesado las sociedades Occidentales desde la Modernidad, como una fuente de recursos neutra y pasiva, de la que los humanos podemos servirnos. Nuestra tarea es desnaturalizar la dicotomía naturaleza/cultura para demostrar su relación esencial, y proponer, de la mano de Bruno Latour, una nueva representación de la Naturaleza como algo político, que nos concierne como sociedad. La repolitización de la Naturaleza será tarea de la «Nueva Clase Ecológica» en el Antropoceno.

Palabras clave: Desnaturalización, Antropoceno, Falacia Naturalista, Latour, Ecología política.

Abstract: The objective of this article is to present the main arguments of political ecology regarding the denaturalization of the concept of Nature. Through the analysis of the naturalistic fallacy, it aims to demonstrate that defending Nature as distinct from Culture, that is, as objective and defined by a natural order, has only served as a source of power and capitalism legitimization. This fallacy also underpins the worldview of Nature that has permeated Western societies since Modernity, portraying it as a neutral and passive resource that humans can exploit. Our task is to denaturalize the nature/culture dichotomy to demonstrate their essential relationship and to propose, following Bruno Latour, a new representation of Nature as something political, which concerns us as a society. The repoliticization of Nature will be the task of the «New Ecological Class» in the Anthropocene.

Keywords: Denaturalization, Anthropocene, Naturalistic Fallacy, Latour, Political Ecology.

INTRODUCCIÓN

La naturaleza no es un concepto *unívoco* sino más bien *análogo*; es decir, se dice de muchas maneras y tiene diversos significados, por lo que, en primer lugar, debe ser aclarada. Raymond Williams establece en *Palabras clave. Vocabulario de la cultura y la sociedad* (2000) para la voz «Naturaleza» un significado múltiple, asumiendo que es uno de los términos más complejos del lenguaje humano. ¿A qué nos referimos cuando hablamos de Naturaleza? Aquello que sea ¿tiene un interés únicamente científico o también cabe en discursos políticos? Nuestro objetivo a la hora de enfrentar esta cuestión es tratar de recopilar y reflejar las principales tendencias que consideran a la Naturaleza como algo *intrincado con lo cultural*, esto es, como una producción humana.

Para ello, dividiremos el artículo en dos grandes partes que coincidirán con el análisis de dos obras *Contra la Naturaleza* de Lorraine Daston (2020) y *Manifiesto ecológico-político* de Bruno Latour y Nikolaj Schultz (2023). De la primera nos interesará esclarecer cómo la falacia naturalista ha servido históricamente como instrumento legitimador de diferentes culturas. Además, mostraremos las tres nociones de Naturaleza que propone Daston y cómo ellas han tenido un interés más prescriptivo que meramente descriptivo. Habrá una parte de transición entre ambas obras, donde definiré a la Naturaleza como *tecnología* y *representación* y cómo estas categorías resultan esenciales para comprender las estructuras políticas humanas. La segunda parte mostrará la construcción de la representación hegemónica de la Naturaleza desde la Modernidad capitalista hasta nuestros días, haciéndose fundamental la construcción de una nueva representación.

En nuestra actualidad, resulta de vital importancia dirigir la mirada hacia una *desnaturalización* del concepto de naturaleza, postulado que, como se verá durante el artículo, no solo atañe a la ecología social sino a otros movimientos sociales de emancipación. Finalmente, se abogará por realizar una *repolitización de la naturaleza*, es decir, asumir que la naturaleza es una producción elaborada desde discursos con objetivos e intereses de poder. Una vez desvelado el carácter de este concepto, se propondrá una representación alternativa de la naturaleza que permita una nueva forma de habitar el mundo.

1. CONTRA LA NATURALEZA

Falacia Naturalista

Empecemos con la primera parte de nuestro camino, dedicada al análisis de la obra *Contra la Naturaleza* (2020) de Lorraine Daston. Esta obra resulta una herramienta fundamental para arrojar algo de luz sobre el asunto que nos ocupa, puesto que logra categorizar y discernir diferentes sentidos del término Naturaleza. Estos sentidos, que desgranaremos más abajo, han sido utilizados, a lo largo de la historia como *fuentes de legitimación* de las normas humanas. De este modo, su aplicación, ha marcado las líneas de investigación científicas y la organización de diferentes

comunidades humanas. La intención de Daston es mostrar cómo los sentidos de la palabra Naturaleza han guiado necesariamente a postularla como *criterio* para la *moral* y la *política*. La Naturaleza se invoca como un referente independiente de la intervención humana, capaz de orientar el rumbo de nuestras sociedades. Sin embargo, desde David Hume sabemos que este camino de la *naturaleza a la cultura* puede llevarnos a caer en una *falacia naturalista*, término posteriormente acuñado por George Edward Moore en *Principia ethica* (1983). El filósofo escocés nos mostró en el libro III de su *Tratado de la naturaleza humana* escrito en 1739, las diferencias lógicas entre las proposiciones normativas, aquellas que usan el *deber-ser*, y las proposiciones fácticas, aquellas que refieren al *ser* de las cosas. De este modo, al regirse ambas por principios lógicos distintos resultaría falaz que deriváramos unas de otras, más en concreto, las proposiciones normativas de las fácticas. Hume encuentra en los diversos discursos sobre moralidad de su época un cambio de argumentación que, aunque es prácticamente imperceptible, resulta fundamental: «De repente me veo sorprendido al hallar que en lugar de los enlaces usuales de las proposiciones es y no es, encuentro que ninguna proposición se halla enlazada más que con *debe* o *no debe*» (Hume, 2012, pág. 411). De este modo, la *falacia naturalista* consistirá en deducir aquello que debe ser —órdenes morales o políticos— de hechos dados —órdenes naturales—. Más adelante en la obra, Hume continúa analizando esta cuestión para concluir que tampoco tendríamos un criterio preciso para determinar qué son esos órdenes naturales a los que se apela, puesto que todas nuestras inferencias sobre aquello que sea *lo natural* están basadas en una observación influida por la propia limitación y posición situada del observador. Por lo que, ¿qué es la Naturaleza? ¿Es algo que *tiene una existencia independiente* de nuestra observación? O por el contrario, ¿es una *construcción a posteriori* de la razón humana para legitimar sus propios discursos? Este es el lugar en el que se encuadra Daston, tres siglos después, en un discurso típicamente Moderno trayéndolo a nuestra actualidad.

Tratando de responder a nuestras preguntas lanzadas más arriba, Daston resalta que la idea de la Naturaleza ha sido históricamente una obsesión tanto científica, filosófica como artística, ya que a partir de ella se han construido las teorías, leyes y representaciones artísticas. Por tanto, cabe preguntarse, como ella misma hace: «¿por qué los seres humanos, en muchas culturas y épocas diferentes, consideran de forma generalizada y persistente que la naturaleza es una fuente de normas para la conducta humana?» (Daston, 2020, pág. 11). La clave de esta pregunta estriba, a mi juicio, no tanto en la relación causal del orden natural sobre el cultural, sino en la presunción de un orden natural objetivo. La pregunta podría reformularse de este modo: ¿Por qué los seres humanos consideran tener acceso objetivo a una naturaleza ajena a su interpretación? La condición de posibilidad para que se dé la falacia naturalista es asumir la existencia de un orden natural más allá de lo humano, una Naturaleza que existe en sí y por sí misma. El discurso racional y Occidental, tratando de elaborar sistemas de conocimiento universales, ha fundamentado la ciencia, la filosofía y el arte en la existencia de la Naturaleza como algo ordenado y dispuesto a ser conocido y representado. El rechazo al relativismo y el pluralismo, ha llevado a temer que si se lograra mostrar que no hay tal orden natural entonces la objetividad se desmoronaría y todo se comprendería como orden construido o político. Sin embargo, no nos adelantemos, ya que, como se ha dicho arriba, Daston tiene como objetivo responder a por qué se *sigue asumiendo* la existencia de la Naturaleza como fundamento y qué situaciones morales y políticas provoca. Una de las situaciones

que genera tomar la Naturaleza como *patrón de comportamiento* se hace visible con respecto a los derechos sociales. En efecto, a lo largo de la historia se han otorgado o eliminado derechos en base a la *naturaleza de los individuos*. Por ejemplo, el racismo, tanto el institucional y científico como el tácito, es un claro reflejo de una cosmovisión social que parte de una supuesta *naturaleza concreta* de ciertos individuos racializados. Por otro lado, la Declaración de los Derechos Humanos de 1948, refiere a los derechos que poseen los individuos por *naturaleza*, como una suerte de renovación del *Ius Gentium* medieval. Daston refiere a cómo «reaccionarios y revolucionarios, religiosos y seculares han empleado por igual la autoridad de la naturaleza» (Daston, 2020, pág. 12). Por tanto, sin deducir demasiado, podemos afirmar que este uso de la Naturaleza tiene un doble carácter, *metafísico*, al ser garante de valores universales y absolutos, esto es, *separados de la interpretación humana*, en el terreno del puro ser; y *prescriptivo*, ya que a partir de estos meros datos, los humanos los tomarían como una *base neutra* desde la que partir, estableciendo modelos normativos que *deben* imitarse o excluirse. De este modo, se podría operar sobre el conjunto social modificando, transformando, destruyendo o mejorando dicha Naturaleza objetiva que simplemente se nos da. Esta es la visión tradicional que se ha mantenido sobre los conceptos de Naturaleza y Cultura desde la Antigüedad hasta el surgimiento de tendencias filosóficas posmodernas que cuestionan la dicotomía jerarquizada entre ambos términos.

Dominación y Naturaleza

Regresando a nuestro análisis de cómo la falacia naturalista impacta social y políticamente, podemos concluir que esta lógica presupone la existencia de un *orden natural* que sirve como base de la moral y, por tanto, fundamenta el deber-ser. Es una transferencia de valores culturales a la naturaleza para que esta pueda servir de autoridad y, así, legitimar la propia cultura (Daston & Vidal, 2003). Daston se sirve de autores como Friedrich Engels quien descubre esta falacia en el darwinismo social, al afirmar que la supervivencia queda resguardada a quien más recursos sociales tenga para hacerlo, como ocurre en la evolución. El darwinismo social dice realizar una mera descripción de la realidad, pero en verdad está *prescribiendo como deben ser las cosas* y, por tanto, produciendo lo que dice únicamente describir. Que se diga que *así es*, no es resultado de una observación neutra de la naturaleza, sino una producción del discurso sobre *cuáles son los modos de vida* que sobrevivirán y por tanto, sobre *cuáles deben permanecer*. Recordemos que la naturaleza a la que apelan las diferentes teorías discriminativas es metafísica y prescriptiva. Daston descubre esta forma de proceder en la política medieval donde se justificaba la jerarquía por un supuesto orden natural de facto existente: «los gobernantes medievales defendían la subordinación de la gran masa de la población a la aristocracia y el clero sobre la base de que era algo tan natural como que las manos y los pies sirvieran a la cabeza y al corazón del cuerpo político» (Daston, 2020, pág. 14).

Donna Haraway va en la misma línea que estamos dibujando, demostrando el uso metafísico y prescriptivo que se hace de la Naturaleza para legitimar órdenes de dominación como el racismo, el sexismo o el especismo. Estas ideas dicen meramente basarse en datos biológicos y fisiológicos, dándose una «unión entre lo político y lo fisiológico que sustenta la idea de la dominación como un hecho natural» (Haraway, 2023 pág. 20). Es decir, legitimar los órdenes morales o culturales en base a supuestos

órdenes naturales es el sustento de la dominación y del control social. Las dominaciones por sexo, raza o nacionalidad suelen justificarse mediante investigaciones científicas que apelan a la Naturaleza. Un ejemplo de esto son los estudios funcionalistas del primatólogo Clance Ray Carpenter con macacos Rhesus en 1938, que se utilizaron para respaldar la organización patriarcal. Con estas investigaciones se demuestra el uso estratégico que tiene el concepto de Naturaleza para legitimar una representación hegemónica, como ocurre con la natural disposición de las mujeres a los cuidados o los negros al trabajo. Haraway encuentra que la forma de derivar del orden natural una suerte de normatividad para un orden político hunde sus raíces en los análisis sobre tendencias naturales de los animales llevados a cabo en EEUU entre 1920 y 1940, en los que los animales se «utilizaban para construir y probar sistemas modelo, tanto para la fisiología como para la política de los humanos» (Haraway, 2023, pág. 33). Los animales han sido reducidos a meros objetos naturales de los cuales extraer recursos, tanto alimenticios, de vestimenta, como intelectuales o científicos. «Las sociedades animales han sido ampliamente empleadas en la racionalización y la naturalización de los órdenes opresivos de dominación en el cuerpo político humano» (Haraway, 2023, pág. 33). Estudios biológicos, como el de Packer y Lambert (2022), corroboran las visiones de Haraway y Daston en el que se analizan que «los conceptos de desarrollo reproductivo *normal* están respaldados por el heterosexismo, el capacitismo y el supremacismo blanco, aunque sea de forma implícita» (Packer & Lambert, 2022, pág. 120). Necesariamente, esa *normalidad* presupone una naturaleza metafísica, que determinaría, de forma prescriptiva, lo que es *anormal* y *antinatural*, es decir, marcaría un orden de dominación.

Los tres sentidos de la Naturaleza

Tras mostrar el uso estratégico que se ha hecho de la Naturaleza para legitimar las diferentes discriminaciones, pasemos a observar las tres formas en concreto de comprender este concepto que han influido fundamentalmente tanto en discursos científicos como en la opinión popular: la naturaleza específica, las naturalezas locales y la naturaleza como ley universal. Estas describen cómo los diversos órdenes naturales se han utilizado para definir y oponerse a una forma distintiva de lo antinatural.

En primer lugar, el sentido más originario es el de *naturaleza específica* que refiere a aquello que hace que una cosa sea esa cosa y no otra. Encontramos una reflexión sobre la naturaleza específica a lo largo de la historia de la filosofía en diversos autores y corrientes, pues ha sido el objeto de la preocupación de la ontología y la metafísica desde los presocráticos. La naturaleza específica de un cuerpo cualquiera es incluyente y excluyente al mismo tiempo; es decir, determina un dentro –quiénes son de esa naturaleza–, y un fuera –quién no. Para Daston, difícilmente podemos concebir un mundo en el que «cada objeto individual sea un individuo irreductible, tan singular como para ser inconmensurable con alguna otra cosa: un mundo compuesto únicamente de nombres propios» (Daston, 2020, pág. 21). A pesar de que las naturalezas específicas parezcan ser útiles e incluso necesarias para comprender el mundo, se debe asumir que las categorías sobre las que se agrupan a los entes son categorías humanas y, por tanto, no expresan una naturaleza específica intrínseca al ente, sino más bien, patrones percibidos por ciertos humanos que más tarde acaban por concebirse esenciales a dicho ente.

Desde Aristóteles se ha postulado que cuando el orden de una naturaleza específica se ve perturbado, aparecen monstruos o desviaciones de dicha naturaleza. En el capítulo 5 de *Contra la Naturaleza* (2019), Daston relaciona las desviaciones de cada tipo de naturaleza con las pasiones o sentimientos que provocan. Así, la aparición de un *monstruo* genera el sentimiento de *horror* al ser una expresión desviada de la naturaleza específica de un objeto determinado. Ahora bien, para que algo se considere monstruoso necesita de un criterio sobre el cual resulte este ser un desvío, es decir, necesita que una norma previa haya sido puesta para poder ser el monstruo algo *fuera* de lo normal. Daston no llega a asumir que dichas normas han podido ser resultado de una producción humana y admite la existencia de esencias objetivas prediscursivas de las cosas, por lo que no es consecuente con su crítica inicial a la falacia naturalista. Los intentos de desnaturalizar las naturalezas específicas son actualmente ejecutados por autoras y autores como Donna Haraway, Judith Butler o Paul B. Preciado entre otros.

En segundo lugar, encontramos el sentido de las *naturalezas locales*. Estas, hacen referencia al uso del concepto Naturaleza en referencia a la «combinación característica de fauna, flora, clima y geología que confiere al paisaje su fisonomía reconocible» (Daston, 2020, pág. 34). A partir del siglo XVII y XVIII se comienza a entender la Naturaleza desde la historia natural y la teología natural, estrechamente vinculadas a la idea de la naturaleza como creación. Esto significa que se comprendía como una totalidad armónica, cuyos elementos entrelazados mantenían un delicado equilibrio. El término que usado para describir esta combinación fue el de *ecología*, que tiene su raíz en el término griego *oikos*: hogar gestionado por la división del trabajo en armonía con sus elementos. Esa autogestión natural representa a la naturaleza como un *autos* –como un *sí mismo*–, conformando así el sujeto de la ecología política. Si, como mencionamos anteriormente, los monstruos eran la perturbación de las naturalezas específicas, los *desequilibrios* son alteraciones del orden establecido en el *autos* de las naturalezas locales. Esta idea sostiene que la actividad humana es responsable de los desastres de la naturaleza, los cuales se interpretan como una venganza de la naturaleza en respuesta a la alteración de su armonía autorregulada (Daston, 2020, pág. 36). Los desequilibrios provocados por las acciones inmorales de los humanos en ecosistemas armónicos resultan en catástrofes vengativas por parte de la Naturaleza. Sin embargo, para que la humanidad pueda maltratar a la naturaleza, primero hay que concebirla como una entidad existente en y por sí misma, con un orden prediscursivo independiente de los códigos e interpretaciones humanas, es decir, como un orden natural. En la segunda parte de nuestro trabajo, intentaremos mostrar un posible compromiso con las naturalezas locales sin tener por qué apelar a una Naturaleza única y autorregulada.

En tercer y último lugar, Daston observa que la Naturaleza ha sido utilizada para referirse a supuestas leyes universales que rigen el universo. Durante los discursos científicos de la Modernidad se hablaba del *lenguaje matemático* en el que estaba escrito el universo. Tanto Leibniz como Newton, son dos claros ejemplos que comprenden la Naturaleza como ese conjunto de leyes invariables y universales que pueden, y deben, ser descubiertas y sistematizadas por la humanidad. En este sentido, la desviación de estas leyes sería concebida como un *milagro*, en tanto que representa el indeterminismo de un *télos* preestablecido, como el incumplimiento de

dichas leyes universales. Esto refleja, una vez más, la referencia a un orden natural independiente de la interpretación humana, como aquellas leyes que sustentan la estructura de lo real.

¿Constructivista o esencialista?

La lectura y análisis de *Contra la Naturaleza* nos lleva a cuestionarnos si deberíamos considerar a Daston una constructivista, como Haraway o Preciado, o una historiadora de la ciencia que asume cierto esencialismo. No queda del todo claro en su texto, si la naturaleza es una *producción cultural* o si queda algún aspecto *puramente natural*, sin intervención humana. Por ejemplo, cuando afirma que «sin un trasfondo de orden ninguna norma puede arraigar» (Daston, 2020, pág. 69), ¿está únicamente describiendo la forma de funcionar de la tradición epistemológica Moderna que necesita fundamentar la certeza sobre bases objetivas? O por otro lado, ¿está confirmando que la forma idónea de establecer normas es basarse en *órdenes naturales existentes*? La respuesta a estas preguntas situará a Daston en una posición u otra: como una *constructivista* que relata la forma de proceder Moderna para proponer su superación, o como alguien que acepta algún grado de *esencialismo* sobre el que se fundamentan las normas y los sentimientos antinaturales.

En muchos momentos, Daston parece hacer suyas las posturas que describe. De hecho, según algunas interpretaciones recientes (Wald, 2022), Daston es vista como una *esencialista*, pues en su texto aparecen referencias a los *órdenes naturales*. Esto sugiere que ella misma acepta la existencia de tales órdenes y no solo habla de ellos según lo ha hecho la tradición filosófica. Por otro lado, Daston suscribe al final de la obra la afirmación de Ian Hacking en *Representar e intervenir* (1996) donde expone que «los seres humanos son esencialmente representadores, no *homo faber*, sino *homo depictor*» (Hacking, 1996, pág. 159). Si las culturas humanas producen representaciones, estas son necesariamente interpretaciones, traducciones lingüístico-artísticas de lo supuestamente dado, por lo que no habría un acceso directo a la Naturaleza y todo sería *construcción*. Siguiendo con esta lectura *constructivista* de Daston, encontramos la siguiente afirmación: «Si por algún milagro nos fueran revelados los noúmenos, las cosas en sí mismas, solo podríamos comprenderlos como fenómenos, como apariencias» (Daston, 2020, pág. 89). Por tanto, la naturaleza en sí, el orden como tal, no existe independiente de su percepción, lo que hace que el propio orden sea una idea surgida únicamente dentro de los límites y experiencias humanas, revelando que todo orden es un orden *construido* y no natural.

Las diversas culturas humanas producen representaciones y apariencias haciéndolas pasar como realidades naturales para que tengan más valor; sin embargo son solo eso, meras apariencias. Desde Kant sabemos que todo fenómeno es necesariamente para-nosotros, es decir, percibido y entendido desde la perspectiva humana. Por tanto, todos los órdenes fundamentados en *órdenes naturales* también son, en esencia, humanos. En resumen, si los órdenes naturales son también culturales, entonces, cuando el humano cree basarse en un orden natural, en realidad lo hace en base a otro cultural. El humano se inspira en sus propias interpretaciones, presentándolas como verdades naturales.

2. TRANSICIÓN: LA ECOLOGÍA POLÍTICA COMO DESNATURALIZACIÓN DE LA NATURALEZA

Una vez analizada la obra de Lorraine Daston, cabe que reflexionemos sobre su posible relación con la *ecología social*. De lo expuesto anteriormente, podemos concluir que, cuando se ha dado por sentada la existencia de una Naturaleza pura, esta ha sido utilizada para legitimar órdenes culturales, principalmente de dominación. Por tanto, toda apelación a la Naturaleza como algo que existe en y por sí misma, tiene un fondo estratégico destinado a naturalizar una forma de organización humana. Tradicionalmente, según Daston, la cultura Occidental ha dotado a la Naturaleza de esa legitimidad para construir órdenes sociales. Esto plantea una pregunta crucial: si la Naturaleza ha sido utilizada estratégicamente por intereses humanos para legitimar sus normas, entonces, ¿a qué Naturaleza nos referimos en el discurso *ecológico social*? Cuando decimos que los humanos estamos destruyendo la Naturaleza, ¿a qué nos referimos exactamente?

Para abordar esta cuestión, debemos considerar la idea de Daston de una Naturaleza múltiple para así saber en cuál de los tres tipos de naturaleza entraría la ecología social. En el contexto la ecología tenía como objeto las *naturalezas locales*, las cuales podrían interpretarse de dos maneras distintas. La primera es la concepción de la naturaleza como algo puro. En esta perspectiva, cada naturaleza se ve como una manifestación de un orden natural inmutable, que incluye la fauna, la flora y el clima, con una existencia independiente de la intervención humana. La segunda interpretación considera la naturaleza como algo *construido*. Según esta visión, las naturalezas locales, aunque se refieran a sistemas animales, vegetales o climáticas, han sido moldeadas por la observación e intervención humanas. Esta influencia humana no solo afecta a la forma en que se clasifica y comprende cada sistema, sino también en la explicación de su funcionamiento o degradación. En el marco del discurso que aquí estamos desarrollando, la visión de las naturalezas locales *construidas* resulta ser la más coherente. Esta perspectiva evita la falacia naturalista y supera la concepción metafísica que sugiere un mundo objetivo y separado de la influencia humana. Al reconocer que las naturalezas locales son *construcciones* determinadas por el ser humano, podremos abordar la ecología de una manera más precisa y crítica.

Como decíamos, las naturalezas locales existen como *representaciones culturales*, por lo que son el resultado de aplicar, lo que llamaremos a partir de ahora, *tecnologías de producción* a lo que entendemos como naturaleza: pájaros, árboles, clima, temperatura, agua, etc. Las *tecnologías de producción* abarcan todos los mecanismos capaces de crear *representaciones culturales*. Esto incluye desde el lenguaje y las producciones culturales, hasta diversos dispositivos científicos y artísticos, tales como termómetros, climogramas, taxonomías animales, cuadros, piezas musicales, documentales, etc. Las representaciones culturales requieren el respaldo de tecnologías de producción potentes como la ciencia, la investigación, la universidad o el arte, para que sirvan de soporte en la producción de una visión del mundo. Las naturalezas locales se nos presentan siempre *a través* de estas tecnologías, mediadas por ellas, lo que sugiere que estas naturalezas locales son, en realidad, producciones suyas.

Cabe ahora señalar, que la Naturaleza, además de ser una *representación* cultural, también actúa como una *tecnología de producción* de otras representaciones haciendo que estas sean vistas como naturales, objetivas y prediscursivas. Esta es la postura que sostienen las filósofas del feminismo *queer* como Judith Butler (2023) o Paul B. Preciado (2000, 2008), quienes cuestionan la noción del *sexo* como un dato corporal natural y objetivo que existe independientemente de nuestra observación. Así pues, el *sexo* habría sido *producido* a través de diversas *tecnologías* dadas a lo largo de la historia, como la ecografía, la mera observación, la asignación de sexo y, en última instancia, también por la Naturaleza misma. En este punto nos encontramos con una dualidad llamativa: la Naturaleza es *representación* y *tecnología* al mismo tiempo. Es una *representación* producida mediante diversas tecnologías y, al mismo tiempo, una *tecnología* que produce representaciones naturales. Con el fin de avanzar hacia el análisis de la siguiente parte, proponemos abandonar la concepción de la Naturaleza como una *tecnología* y, en su lugar, desarrollar una *representación* alternativa y subversiva de la tradicional. El *Manifiesto ecológico-político* (2023) de Bruno Latour y Nikolaj Schultz, nos proporcionará una base para esta *nueva representación* de la Naturaleza, diferente a la hegemónica. Por otro lado, el artículo «¡La naturaleza no existe!» (2002) de Erik Swyngedouw nos impulsará a dejar de usar la Naturaleza como *tecnología de producción* y reconocer su carácter político.

3. MANIFIESTO ECOLÓGICO-POLÍTICO

En *Manifiesto ecológico-político* (2023), Bruno Latour y Nikolaj Schultz abordan cuestiones centrales sobre la Naturaleza. Para comprender plenamente sus argumentos es necesario situar el pensamiento de ambos autores en relación con este concepto.

En *Políticas de la Naturaleza* (2014), Bruno Latour explora cómo las sociedades occidentales han utilizado el concepto de Naturaleza para legitimar sus órdenes morales y políticos (Latour, 2014, pág. 43), mientras que las sociedades orientales integran la Naturaleza dentro de sus discursos en lugar de exteriorizarla. Esta diferencia de concepciones, lleva a Latour a desarrollar una ontología propia en obras como *Nunca fuimos modernos* (2022) y *Reensamblar lo social* (2008). Latour propone una visión en la que los objetos se entienden como entramados o ensamblajes que se sitúan entre la Naturaleza y la Cultura. Estos objetos, que impactan ecológicamente en la Tierra y participan en la construcción política de la realidad, no son simplemente naturales ni completamente culturales; son una mezcla de ambos y, a la vez, ninguno de los dos por completo. Esta perspectiva se manifiesta en su Teoría del Actor-Red (ANT), que sostiene que la realidad social debe entenderse considerando la interacción entre lo humano y lo no-humano, es decir, tanto las entidades naturales como los artefactos diseñados por humanos «es prácticamente imposible entender qué es lo que mantiene unida la sociedad sin reintroducir en su tejido las entidades producidas por la naturaleza y los artefactos diseñados por los ingenieros y los artesanos, es decir los objetos no-humanos» (Pozas, 2015, pág. 3).

Así pues Latour, propondrá descartar la concepción de una Naturaleza *pura*, pre-discursiva e independiente de nuestra interpretación. En sus palabras: «no estamos defendiendo la naturaleza, somos la naturaleza que se defiende» (Latour, 2019, pág. 97). En lugar de mantener la idea de una Naturaleza inmutable, Latour sugiere comprenderla como «la heterogeneidad infinita de los procedimientos de ensamblado-desensamblado-reensamblado de las redes rizomáticas a través de las cuales las cosas, los cuerpos, las naturalezas y las culturas son codificables y por las cuales encontramos a nuestra disposición cuasi-objetos relativamente estables» (Swynge-douw, 2011, pág. 449). Los *cuasi-objetos* de Latour son conceptualmente similares a los ciborgs que Donna Haraway describe en *Manifiesto Ciborg* (1989) y *Seguir con el problema* (2016). La Tierra, el cosmos y el mundo son la cristalización de ensamblajes relacionales con una duración y extensión espacial variables. Por lo tanto, es esencial *repolitizar* la Naturaleza, reconociendo su carácter construido y deshacerlos de la Naturaleza pura o prediscursiva (Accetti, 2021).

El sociólogo danés Nikolaj Schultz ha sido profundamente influenciado por la obra *Down to Earth* (2018) de Bruno Latour en la que se introduce la idea de un Nuevo Régimen Climático, protagonizado por nuevas clases geosociales. Schultz utiliza el concepto de *Antropoceno*, popularizado por el premio Nobel Paul Cruzten en el año 2000, para criticar tanto a las posiciones conservadoras como liberales que aún defienden la existencia de una Naturaleza pura y separada del ámbito social. En línea con Latour, Schultz argumenta que la Naturaleza está intrínsecamente conectada con las especies (Stein, 2018). El concepto de Antropoceno es objeto de debate en la comunidad científica y ha sido explorado en España por Manuel Arias Maldonado, quien incorpora las ideas del *Manifiesto ecológico-político* de Latour y Schultz (Arias Maldonado, 2023). Las implicaciones geosociales del Antropoceno han llevado a los órdenes sociales modernos a sufrir una crisis de legitimidad, ya que la Naturaleza pura ha dejado de ser un referente válido (Carleheden & Schultz, 2022). En efecto, dado que la estructura geológica de las naturalezas locales está tan afectada por la actividad humana los fundamentos naturales de los órdenes sociales caerán por su propio peso.

La representación hegemónica de la Naturaleza

Para entender la crítica contemporánea a la representación de la Naturaleza, es esencial rastrear sus raíces históricas. La visión actual, que considera la Naturaleza como una *fuerza de recursos para la reproducción de la especie humana*, se forjó durante los siglos XVIII y XIX y alcanzó su punto culminante tras la Segunda Guerra Mundial. Esta concepción ha llevado a las sociedades a organizar su nivel de vida, producción y reproducción en torno a la idea de que animales, materiales de la tierra, agua y clima son recursos destinados al consumo, perpetuando así el modelo establecido. Latour y Schultz cuestionan tanto el liberalismo como el marxismo clásico en relación a esta representación de la naturaleza como fuente de recursos. Marx, por ejemplo, sostenía que todas las sociedades Occidentales, desde el surgimiento del capitalismo, fundamentan su producción en la creación de condiciones materiales necesarias para la supervivencia y reproducción *humana* –como comida, ropa, agua y vivienda–: «La producción de esas condiciones materiales de reproducción era lo que Marx consideraba fundamento de la historia social. Pero ante todo se trataba de

la reproducción de los seres humanos» (Latour & Schultz, 2023, pág. 26). La aceleración de la producción después de la Segunda Guerra desestabilizó los sistemas del planeta Tierra y sus climas, afectando a las naturalezas locales. Hoy, la llamada Gran Aceleración ha terminado por convertir los sistemas de producción en sistemas de destrucción, exigiéndonos una nueva forma de representar la naturaleza. El capitalismo, en su fase industrial y más tarde financiera, logró que se alineara el desarrollo de la producción con el sentido de la historia, dando lugar a los problemas ecológicos que afectan a numerosas naturalezas locales. Así, se establece una relación directa entre capitalismo y crisis ecológica que enfrentamos hoy en día.

A pesar de la creciente concienciación sobre esta crisis, no hay movilización suficiente, ya que ello atentaría contra los principios básicos del desarrollo de la producción. Se ha diagnosticado que el aumento de la producción ha llevado a un callejón sin salida, pero aún no hay herramientas claras para pasar a la acción. En el siglo XX, la representación de la Naturaleza como fuente de recursos estaba vinculada a un período de grandes movilizaciones sociales. Sin embargo, el siglo XXI enfrentamos la cuestión *geo-social* (Latour, 2019), que exige una nueva forma de entender la Naturaleza. A diferencia de la era anterior, las movilizaciones actuales son insuficientes ya que la representación de la Naturaleza como fuente de recursos ha quedado obsoleta. Es crucial cambiar esta representación de la Naturaleza por una que ponga en el centro *las condiciones de habitabilidad*: «dar la prioridad a la preservación de las condiciones de habitabilidad del planeta y no al desarrollo de la producción» (Latour & Schultz, 2023, pág. 35). Como decimos, para enfrentar la crisis actual, es esencial desarrollar una nueva representación de la Naturaleza, no solo como fuente de recursos, sino como un *lugar de habitabilidad*. La «Nueva Clase Ecológica» asumirá esta tarea, reapropiándose de las tecnologías hegemónicas como el lenguaje, la producción cultural y la investigación científica. A diferencia de las clases canónicas marxistas-liberales, que priorizan las relaciones de producción sobre las condiciones de habitabilidad, la nueva clase ecológica entiende que, además de la lucha de clases tradicional, existe otra lucha crucial entre el sistema de producción y la preservación de las condiciones de habitabilidad. La exigencia de esta Nueva Clase Ecológica es que, antes de producir, se debe asegurar que dicha producción cumpla con las condiciones de habitabilidad para los seres vivos terrestres. Se trata de una lucha de concienciación social que precede la aplicación de leyes por parte del Estado (Fritz & Eversberg, 2023). De este modo, la Nueva Clase Ecológica se posiciona contra dos tendencias principales. Por un lado, se opone a la globalización ilusoria promovida por el neoliberalismo. Por otro lado, también rechaza el regreso al interior de las fronteras, defendido tanto por el neoconservadurismo como por el socialismo estricto. Ambos enfoques están desconectados de las cuestiones de la habitabilidad planetaria. Para superar estas tradiciones, la clase ecológica debe redefinir la naturaleza a través de la creatividad colectiva (Mayoni Nørgaard, J. & Tanggaard, L., 2023) y de conceptos tradicionales como territorio, suelo, país, nación, pueblo, apego, tradición, límite y frontera. La nueva resignificación de estos conceptos debe considerar la dependencia como el horizonte de libertad y emancipación. Aunque parezca contradictorio, esta es la forma de afianzar la representación de la naturaleza como *lugar de habitabilidad*. La naturaleza ya no es un objeto externo que sirve de fuente de recursos, sino que son espacios múltiples, interpretados y entrelazados donde habitan las especies vivas.

La propuesta de Latour y Schultz busca resignificar las tecnologías de producción de representaciones de manera alternativa al enfoque hegemónico. La idea de la Naturaleza como fuente de recursos productivos ha llevado a imaginar a los humanos como dueños de la tierra y los seres vivos. Por ello, la naturaleza no es una víctima que debemos salvar, ya que esta visión nos colocaría nuevamente como salvadores y, por tanto, fuera de la Naturaleza. La nueva representación de la Naturaleza como nuestro hábitat nos incluye dentro de ella y reconoce que imaginar un «fuera» de la Naturaleza es un error de la visión moderna del mundo. La verdadera emancipación consiste en reconocernos envueltos, confinados y dependientes de la Naturaleza. La clave de la emancipación no es liberarse de las ataduras y dominar la Naturaleza mediante la producción, sino construir una nueva representación que priorice la dependencia (Marres, 2023).

Esta perspectiva es especialmente relevante en el contexto actual, donde la representación de la Naturaleza como mero recurso está implosionando. Las nuevas tecnologías están redefiniendo los límites de lo que tradicionalmente se ha considerado normal, capacitado, desarrollado, femenino, masculino, etc. Tecnologías como los fármacos, microdispositivos y nuevas formas de representación han desafiado los límites de la visión moderna (Preciado, 2008). Estas tecnologías han comenzado a producir una interpretación de la Naturaleza que es múltiple y diversa. El trabajo de Latour y Schultz es crucial para construir un nuevo camino, una nueva clase protagonista y un nuevo destino: la deconstrucción y reconstrucción política de la Naturaleza. A continuación profundizaremos en este último punto.

Repolitizar la Naturaleza

Para ahondar en esta última idea se finalizará la segunda parte con el análisis y reflexión sobre el artículo de Erik Swyngedouw «¡La naturaleza no existe!» (2011). En este trabajo se exploran los argumentos sobre la Naturaleza como fuente de producción abordados por Timothy Morton, Slavoj Žižek y Bruno Latour. Las investigaciones de Swyngedouw, ingeniero y pensador belga, se centran en la economía política geográfica y la ecología social, con un enfoque particular en el ciclo hidrosocial del agua y la ciudad como proceso urbano (Falder, 2014).

Por tanto, Swyngedouw se inscribe en la tendencia que rechaza la existencia de una Naturaleza pura e independiente de los discursos, y la considera el resultado de una producción humana de lo que *debería ser* la naturaleza. De hecho, afirma que todo intento de comprender la naturaleza como desvinculada de un proceso cultural y político es ya una *producción cultural*. Es decir, despolitizar la Naturaleza es ya un acto político (Swyngedouw, 2011, pág. 44). Además, Swyngedouw coincide con Latour y Schultz al señalar que, a pesar del consenso sobre la crisis ecológica que amenaza la vida humana y no humana, no se están implementando cambios suficientemente eficaces. Así lo expone el autor: «Aunque ciertamente no hay acuerdo alguno sobre lo que es o pueda ser la Naturaleza y cómo relacionarnos con ella, hay un consenso virtualmente irrefutable acerca de la necesidad de ser más ambientalmente sostenibles si deseamos evitar el desastre» (Swyngedouw, 2011, pág. 50). En este mismo sentido, Timothy Morton propone pensar la ecología sin la Naturaleza, rechazando ese concepto objetivo de Naturaleza, ya que la propia realidad es tan diversa, móvil,

particular y compleja que resulta absurdo tratar de englobarla en una única definición de Naturaleza. Así, Swyngedouw centra su análisis en la cuestión de la *sostenibilidad* desde una postura crítica, desvelando que la lógica interna de los discursos sobre este concepto no es más que la *legitimación* del mismo sistema de producción que pretende que todo siga como está. Veámoslo detenidamente.

La mayoría de los discursos ecologistas actuales utilizan amenazas universales sobre la supervivencia de humanidad, en las que invocan continuamente al miedo y al peligro. Recogiendo el análisis de Daston que hacíamos en la primera parte, podemos recordar que el *terror* es la pasión antinatural que corresponde al desequilibrio del orden de las diversas Naturalezas locales. Así, el escenario apocalíptico que genera terror incluye: icebergs derritiéndose, reducción de biodiversidad, calentamiento, sequía, incendios y tsunamis. Estas imágenes se relacionan con las sociedades humanas que emiten CO₂ sin control, tirando basura y deforestando, creando «imaginarios de una Naturaleza desincronizada, desestabilizada, amenazante y fuera de control» (Swyngedouw, 2011, pág. 51). La ecología actual se fundamenta en el peligro alucinante y el terror sublime de una Naturaleza en desequilibrio. Oliver Feltham (2008) y Žižek (2008) afirman que la ecología es el nuevo opio del pueblo, ya que articula nuestra vida en torno al miedo a un final apocalíptico de la especie y el planeta, pero guardando la esperanza de la redención mediante ciertas conductas. En el fondo de estos discursos se encuentra el concepto de *sostenibilidad*, presentado como la solución ante tales catástrofes. Sin embargo, Swyngedouw nos muestra que estas ecologías ocultan, en realidad, un mensaje conservador, puesto que como él mismo afirma: «escudándose en la retórica de la necesidad de un cambio radical que permita evitar la catástrofe inminente, se defiende la necesidad de adoptar un abanico de *medidas técnicas, sociales, gerentes, físicas y de otro tipo* para asegurar que todo sigue igual, que nada cambia realmente, que la vida puede continuar como antes» (Swyngedouw, 2011, pág. 51). En definitiva, se impone una preocupación por gestionar las cosas de modo que podamos *preservar lo que poseemos en la actualidad*. Esto es lo que harían instituciones como el Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC), ya que proponen cambios sutiles para que todo pueda seguir igual, esto es, para que pueda seguir *reproduciéndose* el mismo estilo de vida.

Estos cambios pretenden legitimar el modelo económico y de producción que creó la representación de la Naturaleza como *fuentes de recursos*, a saber, el modo de producción capitalista. Se proponen medidas *sostenibles* como dispositivos innovadores, verdes, *emancipadores a primera vista*, pero que en realidad buscan mantener la civilización tal y como la conocemos. En lugar de hablar sobre la *insostenibilidad* en general, se debería comprender que existen procesos urbanos y ambientales que afectan negativamente a algunos grupos sociales mientras benefician a otros. Por lo tanto, es necesario investigar qué necesidades deben ser *sostenidas* y cuáles no, dado que «los procesos de cambio socioambiental no son nunca ni social ni ecológicamente neutrales» (Falder, 2014, pág. 113). Los movimientos ecologistas que usan la misma representación de la Naturaleza que el capitalismo —la Naturaleza como *fuentes de recursos*— solo crean *falsos movimientos emancipadores*. Lo que parece ser emancipador se encuentra en el mismo plano que discursos reaccionarios y conservadores, pues ambos pretenden *conservar* la forma de vida y modo

de producción capitalista. Las empresas apoyan los principios *eco-friendly* siempre que puedan mantener su lógica de beneficio. En esencia, extraer plusvalía, ya sea mediante la contaminación o sin ella, no altera el objetivo fundamental de maximizar ganancias. Así, aunque parezca que están adoptando medidas ambientales, en realidad no están resolviendo el problema central. La acumulación del CO2 en la atmósfera, la amenaza del pico del petróleo y las crecientes demandas de energía, están situadas entre las preocupaciones de las grandes corporaciones que cambian lo justo y necesario para quizá emitir menos pero seguir explotando los recursos naturales.

Otra de las patas del discurso hegemónico ecologista, basado en el concepto de *sostenibilidad*, es la de colocar la responsabilidad en el lado de los individuos y no tanto en las empresas. Se apela a la ciudadanía para que aplique medidas y salvar al mundo del desastre: pautas de reciclaje, diseño eco-urbano, uso de vehículos no contaminantes, reducción de consumo de carne, etc. Los Objetivos de Desarrollo Sostenible de la Agenda 2030 de la ONU proponen metas como «lograr la gestión sostenible y el uso eficiente de los recursos naturales» (meta 12.2) y «alentar a las grandes empresas y las empresas transnacionales, a que adopten prácticas sostenibles e incorporen información sobre la sostenibilidad en su ciclo de presentación de informes» (meta 12.6). Estas metas no buscan cambiar radicalmente la forma de producción y consumo, sino mantener la misma lógica capitalista de la producción, consumo y beneficio privado, salvo que vestido de políticas verdes. La sostenibilidad, que acoge estas nuevas tentativas, es el criterio emancipador de las políticas ecológicas, manifestándose así en: «ciudades sostenibles», «desarrollo sostenible», «planificación sostenible», «turismo sostenible», «viviendas sostenibles», etc. Deben construirse ciudades, planificaciones, desarrollos, viviendas o turismo que puedan *sostenerse* en el tiempo y, por tanto, permitan reproducir la civilización constituida hasta ahora con su representación de la naturaleza y forma de producción intacta. La *sostenibilidad* dice todo y nada a la vez; es como afirma Swyngedouw, un significativo vacío que se llena de miedos, supersticiones y promesas de salvación. Este discurso, al desplazar cualquier carácter político o construido de la Naturaleza, pasa a ser gestionada por la dirección técnica de organismos internacionales y empresas bajo el pretexto de proteger la Naturaleza, la Humanidad o los Seres Vivos.

Despolitizar la Naturaleza, es decir, sacarla del ámbito político y cultural para tratarla como un ente objetivo, natural, e independiente de la construcción humana es ya un acto *político*. Esta representación *natural* de la Naturaleza es actualmente hegemónica como afirma Swyngedouw: «La Naturaleza es un todo armónico que se ha desajustado por nuestra acción por lo que debemos aplicar políticas, tecnologías y gestiones para revertir esta situación para así seguir reproduciendo la misma representación de la Naturaleza» (Swyngedouw, 2011, pág. 52). Aunque el discurso sobre la sostenibilidad y la crisis ambiental parece centrarse en salvar a la Naturaleza, en realidad, sirve para legitimar esta misma representación natural y así enmascarar los intereses privados del capitalismo. La lógica apocalíptica utilizada en el discurso de sostenibilidad y crisis ambiental presenta a la naturaleza *despolitizada*, como un ente objetivo que estamos destruyendo, sugiriendo que solo necesitamos ajustar nuestros hábitos para mejorar la situación sin cuestionar el sistema capitalista en sí. Este discurso se basa en un supuesto conocimiento científico neutral, pero lo que aparenta

ser una cuestión técnica termina siendo una preocupación política. En definitiva, mientras se pretende despolitizar la naturaleza, se está reforzando el capitalismo, disfrazado de preocupación ambiental.

Swyngedouw propone una *repolitización* de la naturaleza, es decir, en lugar de aceptar la representación de la Naturaleza como algo que no tiene intereses políticos detrás, sugiere que debemos reconocerla como una construcción humana y cultural. El autor sueco aboga por hacer explícitos los intereses políticos que invaden nuestras representaciones de la naturaleza y, así poder por cambiar nuestra forma de entenderla. Según lo que venimos desarrollando en nuestro artículo, el nuevo enfoque debería buscar construir una representación de la naturaleza no natural sino *política*, que la entienda como un lugar de habitabilidad, en lugar de perpetuar la misma visión que encubre los intereses del capitalismo bajo un manto de sostenibilidad.

4. CONCLUSIONES

En el presente trabajo de investigación se ha analizado el funcionamiento de la falacia naturalista en los diferentes discursos científicos y filosóficos de la mano de Lorraine Daston en su obra *Contra la naturaleza*. Hemos podido ver cómo, a lo largo de la historia, se ha encontrado una tendencia a fundamentar órdenes culturales, sociales y políticos en base a órdenes naturales según tres interpretaciones del concepto de Naturaleza. No obstante, la conclusión fundamental que hemos extraído con la lectura de Daston, es que la misma idea de *orden natural*, que serviría de fundamento o legitimación de los órdenes culturales, es ya un *producto o representación* con aspecto natural usada como justificación de modelos políticos. Por otro lado, se ha analizado también la obra *Manifiesto ecológico-político* de Bruno Latour y Nikolaj Schultz donde se plantea la necesidad de crear una Nueva Clase Ecológica consciente que lidere un cambio de representación de la naturaleza distinta a la hegemónica, basada en el paradigma de la producción, para pasar a entenderla como *lugar de habitabilidad*.

El camino que ha tratado de esbozarse durante el artículo ha sido el de la *desnaturalización* de cualquier realidad prediscursiva, promoviendo una comprensión del mundo como diseño o producto cultural humano. Este proceso de desnaturalización podría extenderse a una comprensión más amplia de cómo los movimientos de emancipatorios interactúan en el capitalismo. Sería valioso realizar un análisis en profundidad de cómo los movimientos feminista, ecologista u obrerista se incorporan e integran en el mercado, y cómo sus discursos o prácticas pueden ser transformados en mercancías e identidades comercializables. Una conclusión aventurada a este respecto es que el mercado tiende a producir y comercializar mercancías que se presentan como naturales. De este modo, resulta más sencillo tanto producir una mercancía como encuadrar al consumidor, y así lograr una identificación que haga posible la relación de compra-venta, como los perfumes para hombres o la ropa para mujeres. Se podría analizar si los discursos de los movimientos emancipatorios como el feminismo, que en sus postulados propugnan la desnaturalización de los roles de género, son capturados por el mercado para construir otro nicho de mercado basado

en *identidades naturales*. La *mujer*, entendida como una identidad *natural*, no solo representa al sujeto político del movimiento feminista, sino también una *identidad de consumo* a la que vender productos y modos de vida que refuercen la idea de seguir una mujer natural. En el capitalismo, identidad natural se identifica con identidad de consumo. En este sentido, el Feminismo Radical –que asume la realidad natural del sexo biológico como la raíz de la opresión y desigualdad de género sobre las mujeres–, no estaría realizando un proceso *total de desnaturalización*. Este feminismo sigue aceptando el sexo como una categoría natural, perpetuando así una *identidad natural* sobre la cual se imponen patrones de comportamiento desiguales en la sociedad. Como hemos argumentado, este discurso es altamente susceptible de ser absorbido por los mercados neoliberales. Esta misma lógica podemos observarla con la ecología política. Una parte del discurso de emancipación del ecologismo se basa en una representación de la naturaleza pura, prediscursiva y *natural*, por lo que se habría logrado captar el foco del capital dando lugar a una suerte de capitalismo *verde*. En efecto, la lógica capitalista ha reabsorbido el discurso ecologista para reinventarse y teñirse de un color que despierta moralidad y buenas intenciones. Desde las pajitas de Starbucks reciclables, una nueva línea de zapatillas Nike *ecofriendly*, la producción en masa de coches Tesla eléctricos, hasta la producción sostenible de la agenda 2030; el mercado ha logrado volver al ecologismo un asunto de *consumo* y no uno de cambio en las formas de producción. De nuevo, la facilidad por la que discursos como el feminismo o el ecologismo son aprovechados intencionalmente por las lógicas del mercado viene determinado por las *representaciones naturales* del asunto en cuestión. Por tanto, resultaría crucial explorar resignificaciones alternativas que construyeran identidades *políticas* y evitaran que los discursos emancipatorios fueran secuestrados por el capitalismo.

5. BIBLIOGRAFÍA

- ACCETTI, C. I. (2021). Repoliticizing Environmentalism: Beyond Technocracy and Populism. *Critical Review: A Journal of Politics and Society*, 33 (1), 47-73. <https://doi.org/10.1080/08913811.2021.1908023>
- ARIAS MALDONADO, M. (2018). *Antropoceno: La política en la era humana*. Taurus.
- ARIAS MALDONADO, M. (2023). Democratic Pluralism and Political Unity in the Anthropocene. *WPSA Annual Conference 2023*, 6-8 April, San Francisco. <https://hdl.handle.net/10630/26126>
- BUTLER, J. (2023). *El género en disputa*. Paidós.
- CARLEHEDEN, M., & SCHULTZ, N. (2022). The ideal of freedom in the Anthropocene: A new crisis of legitimation and the brutalization of geo-social conflicts. *Thesis Eleven*, 170(1), 99-116. <https://doi.org/10.1177/07255136221104293>
- DASTON, L. (2020). *Contra la Naturaleza*. Herder.
- DASTON, L. & VIDAL, F (2003). *The Moral Authority of Nature*. University of Chicago Press.
- FALDER, J. R. O. (2014). Erik Swyngedouw y la ecología política urbana. *Ecología Política*, 47, 110–116. <http://www.jstor.org/stable/43528422>

- FELTHAM, O. (2008). *Alain Badiou: Live Theory*. Continuum-3PL.
- FRITZ, M., & EVERSBERG, D. (2023). Support for eco-social policy from a class perspective: Responsibilities, redistribution, regulation and rights. *European Journal of Social Security*, 25 (4), 484-505. <https://doi.org/10.1177/13882627231208929>.
- MOORE, G. E. (1983). *Principia ethica*. Editorial Crítica.
- HACKING, I. (1996). *Representar e intervenir*. Paidós.
- HARAWAY, D. (2023). *Mujeres, simios y cíborgs*. Alianza Editorial.
- HUME, D. (2012). *Tratado de la naturaleza humana*. Gredos.
- LATOUR, B. (2018). *Down to earth: politics in the new climatic regime*. Polity Press.
- LATOUR, B. & SCHULTZ, N. (2023). *Manifiesto ecológico político*. Siglo XXI Editores.
- LATOUR, B. (2014). *Políticas de la naturaleza*. RBA.
- LATOUR, B. (2008). *Reensamblar lo social*. Manantial.
- LATOUR, B. (2022). *Nunca fuimos modernos*. Siglo XXI.
- LATOUR, B. (2019). *Dónde aterrizar*. Taurus.
- MAYONI NØRGAARD, J., & TANGGAARD, L. (2023). A new position: Creativity as ecological responsiveness. The sociomateriality of creativity-reviewed. *Culture & Psychology*. <https://doi.org/10.1177/1354067X231219453>.
- PACKER, M., & LAMBERT, M. R. (2022). What's Gender Got to Do with It? Dismantling the Human Hierarchies in Evolutionary Biology and Environmental Toxicology for Scientific and Social Progress. *The American naturalist*, 200(1), 114–128. <https://doi.org/10.1086/720131>
- PRECIADO, P. B. (2008). *Testo yonqui*. Espasa.
- POZAS, M. A. (2015). En busca del actor en la Teoría del Actor Red. *I Congreso Latinoamericano de Teoría Social*. Instituto de Investigaciones Gino Germani. <https://cdsa.aacademica.org/000-079/51>
- STEIN, J. (2019). A Conversation with Bruno Latour and Nikolaj Schultz: Reassembling the Geo-Social. *Theory, Culture & Society*. Vol. 36(7-8), 215-230. <https://doi.org/10.1177/0263276419867468>
- SWYNGEDOUW, E. (2011). ¡La naturaleza no existe! La sostenibilidad como síntoma de una planificación despolitizada. *Urban. 1*. 41-66. <http://polired.upm.es/index.php/urban/article/view/410>
- WALD, J. (2022). A Philosophical Anthropology of Order Itself. *Science as Culture*, 31(2), 276-279. <https://doi.org/10.1080/09505431.2021.2012649>
- WILLIAMS, R. (2000). *Palabras clave. Vocabulario de la cultura y la sociedad*. Ediciones Nueva Visión.
- ŽIŽEK, S. (2008) Censorship today: violence, or ecology as a new opium for the masses. *Lacan.com*, 18, 42-43. <https://www.lacan.com/zizecology1.htm>